



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Gómez Carpinteiro, Francisco Javier
La prosa de los "fufurufos". Renegados y oaxaqueños en el México poselectoral
Bajo el Volcán, vol. 7, núm. 11, 2007, pp. 61-82
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28671105>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA PROSA DE LOS “FUFURUFOS”
RENEGADOS Y OAXAQUEÑOS EN EL MÉXICO POSELECTORAL

Francisco Javier Gómez Carpineiro

RESUMEN

En el contexto de la lucha poselectoral y el surgimiento de la APPO, se explora cómo se han activado discursos o representaciones en torno a grupos disidentes en México que buscan un doble efecto ideológico: deslegitimar sus peticiones y crear un sentimiento de aislamiento social. Se plantea una interpretación diferente de esas formas de descontento, la cual tome en serio historias, acciones y contenidos morales de demandas surgidas “desde abajo”.

SUMMARY

In the context of the post-electoral struggle and the rise of the APPO in Oaxaca, this article explores the mobilisation of discourses or representations concerning dissident groups in Mexico that seek to achieve a double ideological effect: to delegitimize their demands and create a sentiment of social isolation. The article proposes a different interpretation of these forms of discontent that takes seriously the stories, actions and moral contents of the demands that have arisen “from below”.

En el contexto de la lucha poselectoral y las acciones de desafío de maestros de la sección 22 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación y la Asamblea Popular del Pueblo de Oaxaca (APPO) fueron comunes las emisiones de discursos que describieron de manera similar a los integrantes de esas protestas como “renegados”, “turbas”, “nacos”, cuyos reclamos habían degenerado en actos de barbarie, que lo mismo pintarrajeaban fachadas de comercios, que apresaban y enjuiciaban sumariamente a sus enemigos en las plazas públicas del centro de la

ciudad de Oaxaca. Entre esas personas descritas con esos epítetos se encontraban particularmente los seguidores “fanáticos” de un líder mesiánico como Andrés Manuel López Obrador (Krauze, 2006), el candidato de la Coalición por el Bien de Todos, que por si fuera poco había sido nombrado por ellos mismos “Presidente Legítimo” durante la asamblea de la conformada Convención Nacional Democrática.

Los creadores de estos discursos o representaciones tuvieron filia-ciones diversas, pero a todos los movía la defensa de la institucionalidad sobre todo ganada por la transición democrática en curso, la cual era fundamentalmente impulsada por una naciente sociedad civil mexicana constituida en el espacio para la expresión de múltiples idiomas e identi-dades políticas y que veía a su vez en la vía electoral y la representación política de los partidos los procesos que aseguraran su constitución plena. Los creadores de estos discursos, una pléyade de intelectuales, pe-riodistas, “analistas políticos”, académicos, construyeron lo que llamó Ranajit Guha en la “Prosa de la contrainsurgencia” (1999 [1983]) un tipo de “discurso primario”, que surge básicamente en la inmediatez del atestiguamiento directo, constituyendo esa manera de observación la garantía de una visión invaluable de primera mano de las consecuencias negativas y violentas de las rebeliones campesinas. De acuerdo a Guha, los relatos creados por esos observadores –burócratas, militares, detec-tivos, espías, colonos, misioneros, comerciantes, profesionales– tenían un carácter oficial pues directa o indirectamente estaban conectados con el orden colonial y sus discursos sirvieron como información propor-cionada al gobierno.

Los escritores de ese tipo de historiografía a la que se refería Guha, comparten muchos rasgos con los creadores de discursos en torno a los rebeldes o renegados del México poselectoral. Como diría Guha, los pro-ductores de esta historia inmediata tratan de dejar constancia a las gene-raciones posteriores de sus voces sabias y ancestrales sobre advertencias y observaciones que hicieron acerca de los peligros del presente. Los historiadores de esa inmediatez han sustituido las cartas por los desple-gados públicos; el telegrama, el despacho y los comunicados oficiales por las declaraciones sistemáticas en los medios electrónicos de comuni-

cación; los informes por los artículos de fondo. Y aunque no existen expresiones literales en sus discursos que justifiquen razones de Estado, sí hay una apelación a la defensa de la "sociedad civil", la misma que es compuesta por banqueros, grandes empresarios, comerciantes y algo amorfo llamado "pueblo".

México no es la India, y mucho menos se vive ahora dentro de un orden colonial de aquel tipo. Sin embargo, es increíble el parecido que tienen los discursos creados sobre los rebeldes en la India colonial con las representaciones creadas en torno a los inconformes mexicanos, peor aún si son oaxaqueños. Otro rasgo común entre la prosa contra la rebeldía en la India y el caudal de descalificativos contra los movimientos del México del año 2006 es su abierta oficialidad, básicamente en el sentido de crear opinión pública, que construye, como dice Lomnitz (1999: 201), un foro de discusión a partir del cual se pueden gestar nuevas políticas que pudieran afectar incluso el surgimiento y reconocimiento de actores colectivos. Es esta opinión pública la que difundió ideológicamente visiones sobre la incivildad e inconstitucionalidad de los impugnadores de las elecciones, así como alertó antes y después de las elecciones sobre el peligro populista. Es esta opinión pública que también penetró e impregnó sociabilidades cotidianas en las que un amplio público informado por diferentes redes o canales de comunicación tuvo los argumentos suficientes para calificar de locos, exagerados y desafiantes de la autoridad del Estado a aquellos protagonistas de las protestas poselectorales. Así, la creación de esos discursos ha borrado literalmente de un plumazo la existencia de la conciencia y la voluntad de los participantes en las manifestaciones de rebeldía en el México neoliberal. Esos manifestantes no estaban conducidos por ninguna razón, eran básicamente "elementos contingentes" y se movían por canales no institucionales y, por si fuera poco, eran presas de líderes vivaces, envueltos, como en el caso de López Obrador, por una ideología populista, decididamente irracional para estos tiempos.

Tanto en la India colonial como en el México de estos días, las soluciones que se ofrecían a través de las explicaciones causales sobre los levantamientos populares iban desde negar que los rebeldes fueran sujetos de "comprensión o interpretación" y con ello sustentar en un discurs-

so histórico su exterminio por medio de la violencia oficial hasta los sanos propósitos de absorber a los integrantes de revueltas en empleos baratos (Guha, 1999:182). El código de la contrainsurgencia que se ha construido en el México de estos días ha negado las expresiones de descontento de hordas sin voluntad y presas de los intereses oscuros de líderes antidemocráticos. A menudo, la fuerza que ganó esa prosa creó incluso opiniones favorables a la represión violenta, la cual los campesinos “irracionales” del poblado de Atenco que se opusieron a la construcción de un nuevo aeropuerto internacional en sus tierras (que visualmente eran evocados con machetes en mano) la sufrieron encarnizadamente unos meses antes de las elecciones del año 2006.

Las manifestaciones de descontento no sólo fueron desautorizadas, sino borradas de la historia al negar la capacidad de los inconformes de ser sujetos de su propia historia. Si Guha se refería ya a la negativa de la historiografía colonial de comprender mediante la cultura popular la riqueza de significados que construían y representaban históricamente la conciencia de grupos subalternos, del mismo modo la historia inmediata en el México poselectoral no ha reparado en la compleja naturaleza de las historias locales de clases populares, cuyas figuras, instituciones, prácticas y valores permanentemente se han conectado jerárquicamente al contexto global de los procesos de formación del Estado y la expansión del mercado capitalista.

La prosa de la contrainsurgencia para Gupta en la India colonial tiene el mérito de reconocer discursos ideológicos que operaron para justificar y naturalizar el orden de poder colonial, una prosa como la que hemos visto conformarse en México qué ideología y poderes justifica. No es fácil precisar esto con un simple rótulo, como el de neoliberal, por ejemplo, lo que sí es claro es que en el mejor de los mundos posibles que presentan los sueños democráticos de diversos sectores dominantes del México contemporáneo, el “populacho”, los “renegados” e “indios”, como se expresó despectivamente de algunos manifestantes oaxaqueños una legisladora, no caben.

La interpretación de Guha tiene sus propios límites. La recuperación de la voz de los subalternos que ofrece como alternativa historiográfica

no percibe la compleja política de los subordinados (Sivaramakrishnan, 1995:398). Esto significa que los movimientos subalternos bajo el colonialismo inglés en la India estuvieron lejos de ser autónomos de las elites y del Estado, asimismo su composición interna mostró complejas jerarquías, servilismos y formas de dominación. No obstante, Guha sugiere construir otro tipo de historia tomando en serio a la gente. Una sugerencia así puede construirse a través de la propuesta analítica de la historia construida "desde abajo" y también desde enfoques de la teoría de las protestas campesinas.

LA HISTORIA DESDE ABAJO Y LAS TEORÍAS DE LAS PROTESTAS CAMPESINAS

La historia desde abajo refiere a "las vidas y las acciones de la gente común" (Rudé, citado en Krantz, 1988:3). Se planteó como un enfoque diferente al de las historias creadas sobre elites y gobernantes. De acuerdo a Hobsbawm, su genealogía comienza con los historiadores de la Revolución francesa plenamente interesados por el "pueblo" (la lista puede abarcar a Michelet, Georges Lefebvre, Marc Bloch y, por supuesto, a George Rudé). Sin embargo, no es hasta la mitad de la década de los cincuenta que historiadores sociales británicos hicieron su mayor aportación al enfoque bajo la influencia del marxismo heterodoxo (Hobsbawm, 1998:207). Trabajos como los de E. P. Thompson, Raymond Williams, E. J. Hobsbawm y Christopher Hill se alzaron como serios intentos de pensadores de izquierda dispuestos a comprender desde las dimensiones y experiencias cotidianas de trabajadores cómo simultáneamente se vivía y luchaba dentro de un orden de dominación.

Un aspecto básico en los estudios desde abajo y enfoques sobre las acciones políticas de los campesinos fue colocar en el centro del análisis histórico la capacidad de las acciones de las personas para construir sus propias historias, aun en condiciones patentes de subordinación. Del mismo modo, la emergencia de una conciencia o voluntad colectiva rebasaba los determinismos de las posiciones estructurales de los actores. Bajo la premisa fundamental de Marx que las personas hacen su historia, pero esa historia está constreñida por el peso de las estructuras, las historias

desde abajo de estos historiadores británicos alumbraron derroteros diferentes para pensar que la constitución de una clase no pasaba por el asunto de las condiciones objetivas. De hecho, para Thompson la clase era una categoría tanto política como cultural cuya construcción histórica estaba ligada al despliegue de tradiciones, costumbres y rituales, lo que en buena medida lo llevó a sostener que la lucha de clases era la manifestación plena de su existencia, muchas veces reflejada en las dimensiones que constituían una comunidad política. Los historiadores británicos consideraron central el problema del conflicto y el control social. Alrededor de este aspecto radica el diálogo crítico, aunque no muchas veces explícito, establecido con Gramsci y su concepto de hegemonía para estudiar la historia de las clases subalternas.

Thompson (1979) en su estudio de sociedad inglesa del siglo XVIII miró cómo presiones ejercidas desde abajo mediante la expresión de lo que llamó economía moral estuvieron relacionadas ampliamente al flujo en el cual el discurso hegemónico se reprodujo para mantener en frágil equilibrio las relaciones de subordinación entre la masa plebeya y la aristocracia. Williams (1997 [1977]) extiende la comprensión de la noción gramsciana de hegemonía al considerar la inexistencia de órdenes de poder totales. Para Williams, hegemonía envolvía un amplio cuerpo de prácticas y expectativas con valores y significados compartidos, lo cual revelaba la falsa pasividad de las masas en la construcción del poder y ayudaba a comprender cómo las relaciones de dominación eran vividas, enfrentadas y combatidas cotidianamente. En otras palabras, el concepto de hegemonía posibilitaba observar la capacidad de la gente de abajo de influir en la construcción de su propia historia y en el despliegue de sus conciencias políticas.

Los antropólogos fueron precursores de los historiadores de la gente común al realizar detalladas descripciones de modos de vida e interacciones sociales entre diversos grupos. Por ejemplo, los trabajos de la “escuela de Manchester” destacaron por sus ricos análisis sobre conflictos de poder, control de recursos materiales y simbólicos, figuras y liderazgos involucrados, principalmente en África colonial (Smith, 1998:47). Inscritos en esta tradición analítica durante las décadas de los

sesenta y setenta los estudios campesinos se vieron enriquecidos con los enfoques de la teoría de la resistencia de James C. Scott (1976, 1985, 1990, 1998) y los análisis de las rebeliones campesinas de Eric Wolf (1980 [1969]).

En ambos autores existió la preocupación de explicar en qué contextos podía o no surgir la protesta campesina. La obra de Scott es amplia y en su conjunto es fácil apreciar su interés por desarrollar una forma de análisis diádico de la resistencia y el dominio. Para Scott el Estado moderno y la expansión del mercado capitalista han sido fuerzas amenazantes de la reproducción de la vida y la comunidad campesina, y esto lo estudió entre los campesinos del sureste asiático. Scott retoma de Thompson la noción de economía moral. Tanto para Thompson como para Scott, la economía moral estaba asociada al mercado, dado que los valores se determinaban ahí, de tal modo percibieron a éste como resultado de construcciones políticas y de luchas sociales (Edelman, 2005, 332). Así en una economía de mercado, la economía moral refería a un esquema de comportamiento compuesto por normas y valores activado para reconocer derechos y obligaciones en contextos de dominio y subordinación. Scott asocia economía moral a la ética de la subsistencia, principio esgrimido por los campesinos para evaluar sus relaciones con las elites y los representantes del Estado en sus contextos locales. Si las condiciones para garantizar la sobrevivencia se rompían o debilitaban, debido a políticas de modernización o centralización, por ejemplo, los campesinos activaban la economía moral para restablecer una suerte de frágil equilibrio entre ellos y las clases dominantes (Scott, 1976: 33).

La economía moral dio pie al desarrollo por parte de Scott de otros conceptos para entender las manifestaciones del poder y las reacciones cotidianas contra éste. Por esta razón el término de formas diarias de resistencia abrió la posibilidad de indicar cómo cotidianamente los campesinos y otros grupos subordinados se enfrentaban al dominio y desplegaban un vasto conjunto de prácticas materiales y simbólicas que iban desde el robo, el disimulo, la falsa complacencia hasta las invasiones, boicots y otra suerte de medidas triviales que requieren poca capacidad de organización al estar montadas localmente en redes informales de

carácter familiar y vecinal. Formas diarias de resistencia constituye un gozne en la obra general de Scott, porque subraya la racionalidad que impulsa la protesta social vinculada a preceptos morales e indica que los grupos subordinados saben claramente quiénes los dominan. Por lo tanto, el concepto de formas diarias de resistencia explícitamente planteó el carácter frágil o inexistente de la hegemonía, como orden de poder (Scott, 1985, 1987). Posteriormente, a través de los conceptos de discursos (o guiones) oficiales y discursos ocultos, Scott (1990) ampliaría sus ideas sobre el poder y la forma en que los subordinados lo vivían y enfrentaban diariamente. Su libro último (1998), muestra aún el interés por colocar formas de conocimiento local relacionadas subordinadamente a los saberes científicos y racionalidades impulsadas por las políticas centralistas de los Estados modernos, que destruyen o modifican entornos constituidos por las interacciones de culturas y naturalezas específicas, generando nuevos tipos de geografías comprensibles a través de mapas oficiales que surgen por estas relaciones desiguales de poder.

Scott estudió el sureste asiático sumido bajo una larga historia de colonialismo, donde algunos cientos de miles de sus campesinos, en el siglo XX llegaron a combatir encarnizadamente contra el ejército más poderoso del mundo, y dicho sea de paso, lo derrotaron. En sus análisis se refirió a los campesinos como potenciales revolucionarios, pero quienes calculaban claramente los tamaños y alcances de sus protestas. Sabían cómo y cuándo rebelarse, por qué y contra quién, y, al hacerlo así, contribuían a la formación de su propia historia.

Las críticas más agudas al pensamiento de Scott están dirigidas a su perspectiva diádica de entender las relaciones entre las clases. Al igual que el enfoque de *Subaltern Studies* (Estudios Subalternos), que encabezó en muchos sentidos Guha, tal análisis reducía el entendimiento de la fenomenología de la resistencia a la existencia de un “dominio autónomo” de los subordinados o las “infrapolíticas” de los débiles (Scott, 1990: 198-201) que dejaban de percibir las complejas interacciones de los campesinos con otras clases y actores sociales, incluidos, las elites y el propio Estado. De tal modo que tales perspectivas no distinguían que la dominación misma construía las organizaciones, las prácticas, los sím-

bolos y los significados para su despliegue, pero al mismo tiempo esas mismas organizaciones, prácticas, símbolos y significados eran utilizados por los subordinados para experimentar, negociar y confrontar los poderes sociales. Esto, por lo tanto, refería a la constitución mutua más que separada de la dominación y la resistencia, y a un entendimiento extenso de la noción que Gramsci tenía de hegemonía, tal como lo sugirió el antropólogo William Roseberry (2002:220), para quien la hegemonía explicaba más que la dominación, la lucha de los subalternos.

Wolf mostró un gran interés por comprender la participación de los campesinos en las grandes transformaciones sociales. Una de sus más importantes obras analiza las cinco revoluciones que presenció el siglo XX, dentro de las cuales la participación del campesinado fue trascendental (Wolf 1980 [1969]). Como antropólogo, Wolf, impulsó una perspectiva que viera a las comunidades campesinas e indígenas más que aisladas, conectadas al mundo global a través de amplios procesos de formación de imperios, Estados nacionales, mercados y migraciones humanas. Además, buscó un entendimiento diferente a los enfoques del sistema-mundo cuyas visiones desestimaban las consecuencias de la historia del capitalismo en poblaciones locales. De tal forma, Wolf, consideraba importante explorar las conexiones históricas entre lo global y lo local. De esta manera creía que todas las poblaciones eran precipitados de estructuras y procesos globales, pero lo global sólo podía ser así a través de las experiencias locales (Roseberry, 1995:57).

Tal idea era consecuente con su argumento general de que no todos los campesinos se rebelaban, por lo que sugería que había que indagar en las especificidades históricas no sólo de las revueltas en la que ellos participaban, sino también en su formación como sujetos sociales. Esto podría establecer bajo qué circunstancias aparecían las rebeliones y qué campesinos estaban más preparados para enrolarse en ellas, a veces sostenidamente. Esto lo llevó a poner acento en la variedad de campesinos que participaban en las protestas con el fin no simplemente de lograr una taxonomía de ellos, sino reconstruir el sustrato que impulsó las revueltas, a menudo constituido por la reparación de cuentas o problemas que se vinculaban siempre a historias y culturas locales (Wolf, 1980:6).

En este sentido, para Wolf el papel de la comunidad campesina en la rebelión era fundamental, al ser el punto de referencia para explicar un conjunto de redes y tejidos sociales que la unían con el mundo mayor.

Según Wolf, un aspecto compartido en las revueltas era la actuación de campesinos como clase cuyos intereses se oponían a otras clases (Wolf, 1980:7). Sin embargo, Wolf no planteó un análisis bidimensional de ellas. Consideraba que la revuelta debía ligarse a un campo de poder, donde podrían identificarse dentro de circunstancias históricas específicas el amplio rango de actores sociales –diversos tipos de campesinos, hacendados o grandes propietarios, *brokers*, etcétera– que participaban, las alianzas y enemistades entre sí, los valores e ideas que servían de vehículos a sus ideologías, y la manera en que particularmente ciertos líderes se relacionaban con los campesinos, emergían como sus representantes y fungían como intermediarios entre ellos y el mundo mayor fuera de la aldea.

“LOS DE ABAJO” COMO SUJETOS CON HISTORIAS ESPECÍFICAS

Leer las movilizaciones del México poselectoral desde la historia y la política desde abajo podría orillarnos a tomar en cuenta y observar un amplio rango de prácticas y significados esgrimidos por los “revoltosos” para comprender cómo se lucha y se constituyen sujetos colectivos en esa lucha. Para comenzar sería bueno situar las primeras acciones de la Otra Campaña zapatista y sus énfasis por constituirse como movimiento a través de los intereses y las luchas de “los de abajo”.

Si se revisan las crónicas periodísticas, por lo menos hasta los sucesos de Atenco, cuando las acciones de la *Otra* se reorientaron a demandar la libertad de los apresados, imperaban el recuento de historias de despojos y agravios que pequeños pueblos y ejidos narraban ante la interlocución principal del llamado Delegado Cero. ¿Cuál era la trascendencia de esos relatos contados por los moradores de esos sitios desde un potencial político? Básicamente para la Otra Campaña, las múltiples voces de indígenas, campesinos, colonos despojados y marginados, sonaban a exclusión y explotación y expresaban pérdidas y demandas por

la restitución de algo perdido en algún momento de su historia. Un principio básico de la Otra Campaña estableció el escuchar lo que la gente quería decir, abrir lo oídos para entender lo que buscaba y fincar eso como una manera de decir lo que quería ser, y el perfil que llegaría a tener también la *Otra* como movimiento político (Henríquez y Bellinghausen, 2005), pues sería formada por "el diseño y la creatividad de quienes somos abajo y a la izquierda" (Nonandi y Olivares, 2006).

El despliegue de la Otra Campaña y su definición sobre la marcha de lo que llegará a ser, develó la existencia de variadas y profundas memorias, pleitos y esperanzas de sectores populares dispuestos a refrendar su coexistencia en comunidad a través de un movimiento más amplio, pero que no los subordinaría. Tanto las luchas de la APPO como las de las bases sociales que componen el movimiento poselectoral ayudan a aproximarnos a comprender de qué personas estamos hablando, el carácter de sus aspiraciones y el sentido de sus alianzas. La mirada que se derive de estas movilizaciones puede llevar a interpretaciones diferentes a las categorías que se han utilizado con propósitos ideológicos para deslegitimar los intereses de los inconformes.

La movilización de maestros en Oaxaca comenzó en mayo de 2006 con la petición a las autoridades estatales de aumento de salarios bajo la resonificación, lo que implicaría el reconocimiento de que la entidad oaxaqueña se encontraba entre las más altas del país en cuestión de costo de vida. El 14 de junio el gobierno de Ulises Ruiz reprimió el movimiento. Esta acción y la sistemática violencia ejercida contra distintas organizaciones y líderes opositores a Ruiz fueron determinantes para que un considerable número de comunidades indígenas, ejidos, sindicatos y asociaciones civiles formaran la APPO en los días posteriores a esa represión (Hernández Navarro, 2006).

El movimiento de maestros y la APPO han sido objeto de distintas críticas. Por principio de cuentas se ha considerado que el motivo real de las protestas de los maestros descansa en las disputas al interior de la clase política oaxaqueña. En tales confrontaciones se identifican los intereses de ex gobernadores y sus desavenencias con Ulises Ruiz, así como las acciones desestabilizadoras de la líder nacional del Sindicato Nacio-

nal de Trabajadores de la Educación. Entender de esta manera el movimiento de maestros implica cuestionar cualquier rasgo en su autenticidad. En efecto, pudiera reducirse la comprensión del problema magisterial en Oaxaca a la naturaleza corrupta y corporativa de una organización pilar del viejo régimen. Sin embargo, esto implicaría una visión limitada de cómo el autoritarismo y las viejas prácticas centrales relacionadas con el Estado posrevolucionario han sido experimentadas y enfrentadas local y regionalmente, haciendo referencia a la existencia de poderes descentrados. Los maestros han sido actores fundamentales en la imaginación de un sentido de comunidad nacional, como lo pensaba Benedict Anderson (1993 [1983]). Sus actividades, ampliamente visibles durante las primeras décadas del régimen posrevolucionario (Palacios, 1999), se situaron en arenas políticas locales donde fueron fundamentales para transmitir valores y normas que contribuyeran a forjar subjetividades y ciudadanías mediante la disciplina y la inculcación de valores durante las enseñanzas en las aulas y la organización de rituales cívicos de veneración a símbolos patrios. Es por eso, como afirma Vaughan (2001), que los maestros fueron fundamentales en las negociaciones entre comunidades y Estado, promoviendo la apropiación de determinados significados que operaron para que habitantes de pueblos y rancherías se sintieran parte de la comunidad nacional que estaba formándose, al mismo tiempo que se defendían y alcanzaban medios para la autonomía local, muchas veces ligada al control de recursos políticos y materiales.

Bajo esta caracterización general, uno puede pensar que de los marcos de una organización corporativa se derive un movimiento alternativo, con sus propias contradicciones internas, que confronte y desafíe fuertes liderazgos notoriamente reconocidos como corruptos. Otros casos de movilizaciones alternativas en el México posrevolucionario han surgido de prácticas y cacicazgos nacidos al amparo de la políticas centrales y corporativas; del mismo modo, los riesgos de cooptación de los movimientos y el despliegue paralelo de prácticas corruptas que han envuelto a sus liderazgos hacen referencia a las maneras en que institucionalmente el Estado se ha desarrollado (véase: Lomnitz, 2000; Rubin, 2003: 150-161).¹

Considerando la centralidad de los maestros en la vida pública nacional, no es accidental que haya surgido una alianza con diversos actores sociales en Oaxaca, a través de la APPO. Ni tampoco es casual que esta organización se haya cristalizado a raíz de la represión de que fueron objeto los profesores el 14 de junio. En este sentido, la represión convocó la solidaridad de un movimiento heterogéneo, compuesto por habitantes de colonias urbanas, campesinos, indígenas, estudiantes, que como dijera un zapoteca del pueblo de Yalalag, son personas que "han desarrollado experiencias de luchas". Ciertamente, largas historias de agravios y luchas populares registra la historia de los grupos subalternos oaxaqueños, y en el pasado inmediato, fuertes tensiones mantenían pueblos y líderes locales con el gobernador. Si la solidaridad con los profesores explicó el surgimiento de la APPO, sus motivos para luchar descansan en argumentos alimentados por preceptos morales. Para los integrantes del movimiento muchos de los problemas que encaran ahora los participantes de este movimiento son los deseos de autonomía de pueblos indígenas, la necesidad de mejorar condiciones de vida y trabajo, cuestiones que el Estado debería garantizar, pero en estos momentos, como dice un participante de la movilización, "el gobierno ya no cumple ni con sus compromisos mínimos" (Bellinghausen, 2006).

Parecería que estas demandas en la era de la globalidad neoliberal actual fuesen anacrónicas. La debilidad de los Estados-nación parece evidente ante la fuerza de instituciones supranacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial de Comercio, por ejemplo) y sólo es evidente su trascendencia cuando aseguran las condiciones para fortalecer el mercado. En términos de identificar el poder social que los domina, los oaxaqueños han recurrido a nociones abstractas de democracia, soberanía popular, con el objeto de sostener que las bases mínimas para ejercer la "governabilidad" están demolidas, por lo cual se demanda la intervención del centro para restablecerlas y hacer renunciar al gobernador. El asunto de contra quién luchar en esta época de poderes desterritorializados por la globalización neoliberal que han dictado las políticas económicas, ha sido resuelto por los oaxaqueños apelando al restablecimiento de una comunidad política perdida, que se

pueda recrear entonces en valores y normas más justas para los de abajo. Al buscar la destitución del gobernador, la APPO exhibió que su lucha estuvo sostenida por tradiciones culturales comunitarias, construidas también históricamente en la relaciones entre la cultura popular con la dominante, y se hicieron patentes en la constitución y dinámica que adquirió la APPO de organizarse como una gran asamblea comunitaria, donde la dirigencia del movimiento es compartida colectivamente y las decisiones se toman horizontalmente. Entonces el “pueblo” como discurso político se convirtió en otro “pueblo”. Esa es la base de la reiteración de referirse a lo popular en las siglas de la APPO, la que a los historiadores de la inmediatez les ha parecido absurda.

El movimiento de protesta poselectoral encabezado por López Obrador reveló de igual modo la tendencia, cuantificada electoralmente, que numerosas personas (casi 15 millones), que votaron para que él fuera presidente, estaban de algún modo descontentas con las políticas neoliberales. Pero más allá de eso, el movimiento poselectoral tuvo un objetivo claro: pedir el recuento de votos ante la abierta y descarada participación del presidente del país y sectores empresariales en la promoción del voto a favor del candidato del PAN, las irregularidades que se suscitaron antes de la elección y en el conteo de los sufragios, así como la sospecha que generaron las conductas de los órganos ciudadanos encargados de organizar y calificar todo el proceso electoral. Entonces, las descalificaciones a las bases sociales de López Obrador se centraron en criticar los argumentos de sus sospechas. Los críticos establecieron que en general la elección había sido limpia y las fallas aisladas eran únicamente errores humanos no atribuibles a intereses políticos. Por eso mismo no se trató –como los inconformes por los resultados de la justa presidencial opinaban– de una “elección de Estado”, sino una conducida por instituciones ciudadanas, plenamente asociadas a la sociedad civil, de la cual los mismos inconformes eran parte.

La cuestión de separar Estado de sociedad civil es una tendencia de los teóricos liberales; de este modo Estado es un dominio reservado para la fuerza y el autoritarismo, mientras que la sociedad civil es la esfera de la libertad y la democracia. Sin embargo, no pareció que en la constitu-

ción de los órganos facultados para llevar a cabo el proceso electoral y sancionarlo, sus integrantes hayan sido designados democráticamente, ni que ellos mismos estuvieran equitativamente ligados a las posturas políticas e ideológicas que contendieron electoralmente, pues se sabe abiertamente en el medio político mexicano acerca de las imposiciones que lograron hacer el PAN y el PRI; este último a través de la líder del magisterio, para colocar a la mayoría de los funcionarios cercanos a sus intereses al frente del Instituto Federal Electoral.

Pero la evocación a la dicotomía Estado *versus* sociedad civil no fue la única que prevaleció para sustentar el carácter legal de las elecciones presidenciales. También prevalecieron los calificativos de irracional, no-institucional y antidemocrático para caracterizar las protestas del movimiento. De esta forma, las marchas, las tomas de avenidas y plazas públicas, las asambleas y el carácter centralmente simbólico en que se constituyeron para definir y aprobar acciones, incluida la del nombramiento de "Presidente Legítimo" –lo que podría parecer en su conjunto recursos o "armas de los débiles" de las que habla Scott–, fueron vistos y colocados al otro extremo de la racionalidad, la institucionalidad y la democracia de las instituciones y la esfera pública mexicanas.

López Obrador fue situado también dentro de otra dicotomía. Su liderazgo fue caracterizado como no moderno y, de paso, la izquierda que representó en el movimiento poselectoral fue juzgada como caduca, cuyos idearios y acciones estaban lejos de las izquierdas recatadas y modernas de países europeos. Colocar metafóricamente en un armazón que polariza con atribuciones negativas a los movimientos colectivos de protesta en esta coyuntura, fue un recurso constante de esta historia de la inmediatez. Particularmente con la descalificación hecha a López y a sus seguidores en conjunto, redujeron de paso la naturaleza del movimiento a su líder y no tomaron en cuenta a los simpatizantes.

López Obrador no formuló un programa de gobierno que pudiera constituirse en una agenda de lucha anticapitalista. Sus planteamientos generales giraban en torno a devolverle fortaleza al Estado nacional en la conducción de políticas económicas, pero con el pleno reconocimiento de la trascendencia del mercado global y las políticas dictadas por entida-

des supranacionales. López Obrador en su reimaginación del Estado consideró volver a las bases de un Estado desarrollista a través de reactivar políticas de cuño social por medio de subsidios a adultos mayores, madres solteras, personas discapacitadas y que alcanzaran a los campesinos con la necesaria revisión de ciertos capítulos del Tratado de Libre Comercio; todo lo cual llenaba sus aspiraciones de acercarse incluso a los Estados de bienestar de la socialdemocracia europea. Así que tan antimoderno no era, a lo mejor posmoderno sí, por aquello de reconocer como moralmente legítimas y factibles de ser resueltas las demandas de diversos actores sociales, sin que esto implicara la abolición del antagonismo básico entre capital y trabajo. Eso sí, en el juego de los reduccionismos políticos de la coyuntura, López Obrador lanzó una diatriba contundente: etiquetar a los enemigos de la coalición política que lo postuló y del movimiento poselectoral como “fufurufos”, un término que en la cultura popular refiere a los ricos, a “los de arriba”.

El movimiento poselectoral del año 2006, espectacularmente observado por las magnas marchas y concentraciones en el centro político de México, el Distrito Federal, no tiene una génesis corta. En el mismo plano electoral, un movimiento semejante en pos de un proyecto de izquierda se remonta a 1988 con la movilización neocardenista. Así, las expresiones de descontento no provienen de un líder o líderes impulsando sus propios intereses. A manera de ejemplo, puedo citar cómo Armando Bartra (2000:139-155) describe la emergencia de una lucha cívica en la que estuvieron envueltos campesinos del estado de Guerrero que se generó en contra de políticas neoliberales que fueron aplicadas fielmente por políticos y caciques regionales. Tal lucha fue un sustento regional del movimiento neocardenista y no es aventurado postular su reactivación en la coyuntura electoral del año 2006, pues muchos de los contingentes que participaron en las movilizaciones poselectorales en la ciudad de México provenían de poblaciones campesinas de Guerrero. Sobre este mismo asunto, estudiosos de políticas locales ligadas a los cambios neoliberales han observado múltiples reacciones contra las políticas neoliberales de personas, quienes no tomaron las armas (Stephen 1994), pero activaron memorias históricas, tradiciones selectivas y símbolos de

lucha para enfrentar el despliegue de las reformas y políticas del Estado neoliberal (cfr. Aitken, Craske, Jones y Stansfield eds., 1996; Nugent y Alonso, 2002; Otero, 2004; Roth ed., 2003; Zendejas y de Vries eds., 1998; Zendejas y de Vries eds., 1995). Como en el caso de los campesinos de Guerrero, las historias locales de desagravios y pérdidas emergen en configuraciones de poder, aquéllas de las que hablaba Eric Wolf, en las cuales son factibles alianzas y agendas comunes para reestablecer, al menos, lo perdido en tiempos de crisis.

Resulta curioso que el surgimiento de liderazgo de López Obrador se caracterice ahistóricamente. López Obrador fue un político formado en la retórica y la práctica de la hegemonía nacionalista posrevolucionaria que tuvo diferentes apropiaciones regionales (Lomnitz, 1995). Como lo plantea la investigación en curso del profesor universitario Rogelio Gómez Álvarez (2005), López Obrador compartió el proyecto de integración indigenista del Estado mexicano, participando como director del extinto Instituto Nacional Indigenista en su natal Tabasco. Luego, actuando en la oposición política, se sumó a movimientos regionales de poblaciones étnicas y campesinas que estuvieron inmersas en ambiguas negociaciones con la burocracia, principalmente federal, para demandar la reparación o la indemnización de daños de sus casas y entornos ecológicos, demandas que a veces prosperaron y a veces no, pero que refirieron al surgimiento de lo que popularmente fue llamado la "cultura de la indemnización". Sobre esta base de acciones y visiones contradictorias de los grupos subordinados, que operaron en los canales no formales de la corrupción –práctica constitutiva más que disfuncional del propio Estado–, López Obrador sustentó su liderazgo. Así, tanto en aquel pasado como en la coyuntura poselectoral, López Obrador no dirigió masas sin historias, sin voces; por el contrario, esas masas estaban construidas con sus propias contradicciones y armadas de plenas conciencias.

CONCLUSIONES

El instante y el fragmento han sido modos de representación usados por diferentes autores para reducir a efímeras y etéreas las prácticas socia-

les de actores descontentos en la reciente coyuntura política mexicana. Por eso mismo, de una manera u otra los discursos que se han creado sobre los revoltosos o rebeldes de México del verano de 2006 parecen desprovistos de cualquier intento de relacionarlos a totalidades dinámicas e históricas. Al poner énfasis en destacar el asunto de juzgar las protestas con metáforas y metonimias reparo igualmente en el desprecio que los historiadores de la inmediatez tienen por las historias, las aspiraciones y las acciones de la gente ordinaria. Si algo puede uno aprender de la historia desde abajo y las teorías sobre las protestas campesinas, es que a las personas no las mueven deseos mecánicos. Las resistencias o luchas no surgen espontáneamente, están ligadas a largas historias de agravios, por lo cual no son irracionales, como si por naturaleza correspondieran a una taxonomía racista que sitúa los descontentos en un estadio evolutivo ocupado por rejegos indios o nacos. Las luchas populares tienen comúnmente contenidos morales, los reclamos se dirigen contra clases dominantes y poderes específicos, por lo cual sus expresiones de descontento pueden aliarse con liderazgos poderosos y en la emergencia de determinados campos de poder estallar en revoluciones sociales.

Sin embargo, tal como indicó Gramsci (2000: 182), la historia de las clases subalternas no es simple. Se trata de historias disgregadas y discontinuas que tienen que verse en relación con las historias de la sociedad civil y el Estado, así que su estudio objetivo pudiera revelar contradicciones y desigualdades reproducidas internamente, lo paradójico de sus visiones de mundo y acciones y los despropósitos de algunas de sus alianzas. Por supuesto, esta no es una visión que acompaña algunas de las reflexiones de los historiadores de la inmediatez que plantean, por ejemplo, que la mayor preocupación no debe ser entender el fracaso de la izquierda, sino por qué tanta gente, incluyendo a muchos pobres, vota por opciones políticas conservadoras.

Como una alternativa para leer lo que sucedió en esos días, la historia desde abajo y la teoría de las protestas campesinas pueden salir al paso a formas de lenguaje que crearon discursos para generar un sentido de desmovilización y vacío con una doble dirección ideológica: para la “opinión pública” los revoltosos esgrimieron y siguieron caminos no

institucionales, por lo que sus intenciones y acciones fueron ilegítimas; para estos mismos "rebeldes sin causa" el mensaje fue que estaban solos, y el paso de los días iba a debilitar tanto sus argumentos como sus propios movimientos. Al final la historia desde abajo y la teoría de las protestas campesinas ayudan a tener otro tipo de comprensión más comprometida en entender las causas y las razones que llevan a los de allá abajo a imaginar y hacer también los cambios sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aitken, Rob Nikki Craske, Gareth A. Jones y David E. Stansfield eds., 1996, *Dismantling the Mexican State?*, Gran Bretaña, Macmillan Pres ltd.
- Anderson, Benedict, 1993 [1983], *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bartra, Armando, 2000, *Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, México, ERA.
- Bellinghausen, Herman, 2006, "El movimiento popular de Oaxaca inexplicable sin la presencia indígena", <http://www.jornada.unam.mx/2006/08/17>, consulta: 17/10/2006.
- Edelman, Marc, 2005, "Bringing the Moral Economy back in... to the Study of 21st Century Transnational Peasant Movements" en *American Anthropologist*, 107 (3): 331-345.
- Gramsci, Antonio. 2000, *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 6, edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Ediciones ERA y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Guha, Ranajit, 1999[1983], "La prosa de la contrainsurgencia", en *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, compilado y editado por Saurabh Dube, México, El Colegio de México.
- Henríquez, Elio y Hermann Bellinghausen, 2005, "Marcos: el perfil de la otra campaña saldrá de la gente", <http://www.jornada.unam.mx/2005/08/08>, consulta: 18/10/2006.
- Hernández Navarro, Luís, 2006, "La comuna de Oaxaca", en *La Jornada*, versión electrónica, <http://www.jornada.unam.mx/2006/07/25>, consulta: 18/10/2006.
- Hobsbawm, Eric, 1998, "Sobre la historia desde abajo", en *Sobre la historia*,

- Barcelona, Crítica.
- Krantz, Frederick, 1988, "George Rudé and 'History from Below'" en *History from Below. Studies in Popular Protest and Popular Ideology*, editado por Frederick Krantz, Gran Bretaña, Billing & Sons Ltd.
- Krauze, Enrique, 2006, "López Obrador, el mesías tropical" en *Vuelta*, 90: 14-24.
- Lomnitz-Adler, Claudio (ed.), 2000, *Vicios públicos y virtudes privadas: la corrupción en México*, coordinado por Claudio Lomnitz, CIESAS, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 11-30.
- _____, 1999, *Modernidad Indiana. Nueve Ensayos Sobre Nación y Mediación en México*, México, Editorial Planeta.
- _____, 1995, *Las Salidas del Laberinto. Cultura e Ideología en el Espacio Nacional Mexicano*, México, Joaquín Mortiz-Planeta.
- Nomandi, Mariana y Emir Olivares, 2006, "Arranca nuevo ciclo por la liberación de los presos políticos, advierte Marcos", <http://www.jornada.unam.mx/2006/05/29>, consulta: 16/10/2006.
- Nugent Daniel y Ana María Alonso, 2002, "Tradiciones selectivas en la reforma agraria y la lucha agraria: cultura popular y formación del estado en el ejido de Namiquipa, Chihuahua", en *Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, compilado por Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, México, Ediciones Era.
- Otero, Gerardo. 2004, *¿Adiós al campesinado? Democracia y formación política de las clases en el México rural*. México, Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial, Universidad Autónoma de Zacatecas y Simon Fraser University.
- Palacios, Guillermo, 1999, "Lectura, identidad campesina y nación: el proyecto socio-cultural de El maestro rural en inicios de los años treinta", en *Bajo el signo del Estado*, editado por José Eduardo Zárate Hernández, México, El Colegio de Michoacán.
- Roseberry, William, 2002, "Hegemonía y lenguaje contencioso", en *Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, compilado por Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, México, ERA.
- _____, 1995, "The Cultural History of Peasantries", en *Articulating Hidden Histories. Exploring the Influence of Eric R. Wolf*, editado por Jane Schneider y Rayna Rapp, Berkeley, University California Press.

- Roth, Andrew, 2004, *Recursos contenciosos. Ruralidad y reformas liberales en México*, México, El Colegio de Michoacán.
- Rubin, Jeffrey W., 2003, "Descentrando el régimen: cultura y política regional en México", en *Relaciones*, 96: 127-180.
- Scott, James C., *Seeing like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- _____, 1990, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press.
- _____, 1985, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- _____, 1976, *Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press.
- Sivaramakrishnan, K., 1995, "Situating the Subaltern: History and Anthropology in the Subaltern Studies Project", *Journal of Historical Sociology* 8 (4): 395-429.
- Smith, Gavin, 1998, "Los contornos de la actividad colectiva: el rol de la organización y de la interpretación", en *Las disputas por el México rural. Transformación de prácticas, identidades y proyectos*, editado por Sergio Zendejas y Pieter de Vries, México, El Colegio de Michoacán.
- Stephen, Lynn, 1994, *Viva Zapata!: Generation, Gender and Historical Consciousness in the Reception of Ejido Reform in Oaxaca*, San Diego, Center for U.S. Mexican Studies/University of California.
- Thompson, E. P., 1979, *Tradicón, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad industrial*, Barcelona, Editorial Crítica.
- Williams, Raymond, 1997 [1977], *Marxismo y Literatura*, traducido por Pablo di Masso, Barcelona, Ediciones Península.
- Vaughan, Mary Kay, 2001, *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Wolf, Eric R., 1980[1969], *Las luchas campesinas del siglo xx*, México, Siglo XXI.
- Zendejas, Sergio y Pieter de Vries (eds.), 1998, *Las disputas por el México rural. Transformación de prácticas, identidades y proyectos*, México, El Colegio de Michoacán.
- _____, 1995, *Rural Transformations Seen from Below: Regional and Local Perspectives from Western Mexico*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies/University of California.

NOTA

¹ Rubin recuerda el surgimiento de la Coalición Obrera-Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI) a partir de la década de los setenta; las disputas encarnizadas luego del debilitamiento del cacicazgo de los hermanos Ávila Camacho en Puebla que tuvieron en la universidad pública el principal escenario de confrontación entre movimientos de izquierda y derecha que se reflejaron en la sociedad regional; los cacicazgos agrarios de Guerrero y Nayarit, donde en el primero el desencantamiento por los resultados electorales de principios de los setenta derivó en el movimiento guerrillero encabezado por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas; el movimiento ciudadano encabezado por el médico Salvador Nava que entre 1958 y 1961 y su reaparición en 1981 desafió poderosos cacicazgos y mostró las complejas interacciones del centro y las políticas regionales, alimentadas éstas por sus propios valores culturales; finalmente, en Sonora el fuerte movimiento opositor surgido a mitad de la década de los setenta logró una vasta expropiación de tierras por parte del presidente Luis Echeverría, y mostró a una histórica organización explícitamente clasista que confrontó y negoció con distintas fuerzas y actores políticos regionales y nacionales para defender los intereses de sus agremiados.